

A person is shown underwater, holding a globe of the Earth. The scene is dimly lit with a blue-green hue, and bubbles are visible around the person's head. The text is overlaid on this image.

LA
TIERRA
ESCONDE
TU
SECRETO

LINA
BENGTS
DOTTER

LINA BENGTSDOTTER

LA TIERRA ESCONDE
TU SECRETO

Traducción de Pontus Sánchez

Título original: *Francesca*

© Lina Bengtsdotter, 2018

Publicado de acuerdo con Bokförlaget Forum, Stockholm, Sweden y Bonnier Rights, Stockholm, Sweden

© por la traducción, Pontus Sánchez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-08-22189-0

Depósito legal: B. 25.799-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Charlie intentaba encontrar una postura cómoda en aquella silla, que estaba inclinada hacia atrás. Enfrente, un poco a la izquierda, estaba Eva, la psicóloga.

Eva acababa de presentar el marco de sus sesiones. Era importante respetar los tiempos de comienzo y final, era importante decirlo si algo resultaba incómodo, como también lo era saber que nada de lo que se dijese en aquel cuarto saldría de allí, naturalmente.

El tono de Eva era afable, pero tenía una mirada que decía que podía ser dura si era necesario. Charlie la había investigado y sabía que era miembro del colegio de psicólogos y tenía quince años de experiencia en la profesión. Fue la primera condición que puso para aceptar ir a terapia: que fuera una persona con estudios, no un petulante que hubiese hecho un cursillo de desarrollo personal de ocho semanas. No quería perder el tiempo con nadie que dijera obviedades o que hablara de su propia vida sin ningún reparo. En realidad, lo que quería era no ir a ver a nadie y aplazar aquella reunión todo lo posible. Había intentado demostrarle a Challe que se sentía bien, que tenía capacidad de cuidar de sí misma y hacer su trabajo, pero después de lo ocurrido en verano ya no contaba con la plena confianza de su jefe.

En cualquier caso, allí estaba ahora, sentada en una silla de

extraña construcción en la consulta de Eva. Fuera brillaban las hojas otoñales de color amarillo dorado y anaranjado de un enorme roble y la lluvia se deslizaba por el cristal de la ventana en delgadas líneas.

—Dime, Charline —dijo Eva—, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Puedes llamarme Charlie.

—¿Qué te ha traído aquí, Charlie?

—Mi jefe. Fue un ultimátum. Opina que necesito ayuda.

—Vaya. —Eva la miró fijamente y Charlie pensó que estaba haciendo una anotación mental: «Posible falta de conciencia de sí misma»—. ¿Y tú estás de acuerdo?

—¿En que necesito ayuda?

—Sí.

—Sí, supongo sí, pero quizá no habría venido si no fuera porque quiero conservar mi trabajo.

—¿Podrías hablarme un poco de ti misma, a grandes rasgos? Sé en qué trabajas, pero no mucho más.

—¿Qué más necesitas saber? —repuso Charlie.

Eva sonrió diciendo que una persona era más que su trabajo. Quizá podía describir quién era en general.

—Ah, claro —admitió Charlie—. Me gusta... —Hizo una pausa. ¿Qué le gustaba, realmente? Leer, beber, estar sola. Ahora mismo no podía recordar nada que no sonara deprimente—. Me gusta leer.

Cuando se dio cuenta de que Eva esperaba algo más le entraron ganas de añadir que también le gustaba entrenar, pero ¿por qué mentir?

—¿Has recibido antes ayuda psicológica? —preguntó Eva al cabo de un momento.

—Sí, algunas sesiones de adulta y un largo período de terapia cuando era joven. Mi madre murió cuando yo tenía catorce años.

—Es una edad difícil para perder a una madre.

Charlie asintió.

—¿Y tu padre?

—Desconocido.

—Entiendo.

»¿Cómo era la relación con tu madre?

—Era... —Charlie no sabía qué decir. ¿Complicada?—. Mi madre era muy especial.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que, seguramente, no era como otras madres. Se podría decir que yo me estoy esforzando bastante para no ser como ella.

—Es natural intentar no repetir los errores de los padres —replicó Eva—. Pero que trates de ser diferente de tu madre significa también que ella es tu punto de partida. Quizá hasta que actúes dejando al margen quién era ella no podrás empezar a sentirte libre.

—Ya.

—Volveremos a ello, pero primero he pensado que podrías explicar por qué tu jefe te ha dado este ultimátum. El de que tienes que venir a terapia.

La voz de Betty empezó a susurrar en la cabeza de Charlie. Aquello que ella solía decir cuando tenía una mala época: «Es como si las corrientes profundas tiraran de mí hacia abajo. Si me detengo y me pongo a pensar en ello, me voy al fondo. Lo mejor es no pensar, no hablar. Si no, todo será peor».

—Supongo que es mi hábito con la bebida —dijo Charlie—. Pasa que a veces bebo demasiado. Y el motivo por el que estoy aquí es porque hasta ahora podía controlarlo y bebía sólo cuando tenía libre, ni siquiera lo hacía el día antes de ir a trabajar, al menos no grandes cantidades. Pero últimamente sí que he tomado alguna copa aunque tuviera que trabajar al día siguiente,

y supongo que entonces olía a alcohol. Challe, mi jefe, tiene un sentido del olfato increíble.

—Quizá sea una suerte para ti —repuso Eva—. Quiero decir que eso ha hecho que recibas ayuda a tiempo.

—¿Cómo sabes que es a tiempo? —Charlie no pudo dejar de preguntarlo.

—Eres consciente de tus problemas y hablas de ellos abiertamente. Es un punto de partida bastante bueno.

—Hace tiempo que soy consciente de ellos, pero aun así no he podido hacer nada, por lo que no sé si significa tanto.

—Si no he oído mal, has dicho que hasta ahora has podido controlarlo.

—No es la primera vez que se me va de las manos —dijo Charlie.

—Pero ahora estás aquí.

—Sí, ahora estoy aquí.

Siguieron unos pocos minutos de conversación superficial. Después el silencio se instaló entre ellas. Charlie miraba los cuadros de la pared detrás de Eva. Cuadros enmarcados que eran... el test de Rorschach, observó. Intentó ver los dibujos de las figuras para tener una idea de su salud mental, pero se vio interrumpida por Eva, que quería saber más detalles de su trabajo.

Charlie le habló de su empleo como investigadora en el Departamento Operativo Nacional, y cómo ella y sus compañeros colaboraban con las policías locales de todo el país para resolver casos difíciles.

—Por lo demás, ¿cuál es tu situación de vida? —preguntó la psicóloga.

—Soltera y sin hijos —respondió Charlie.

—Y si volvemos a la bebida —dijo Eva sin comentar su estado civil—, ¿cuánto hace que es un problema?

—No lo sé exactamente. Depende de quién pregunte.

—Te lo pregunto yo.

—Desde que empecé a beber, siempre me ha gustado mucho, y siempre he bebido más que la gente de mi alrededor. Nunca he podido entender del todo eso de tomar una copa y ya está. Pero no diría que soy una alcohólica sólo porque beba más que los demás. Se puede decir que va a rachas, pero también hay épocas más tranquilas.

—Y el período que dio motivo a este encuentro, ¿cuándo empezó?

—La verdad es que no lo recuerdo bien, pero hace unos meses volví a Gullspång, el lugar donde me crie. Es una pequeña localidad de la provincia de Västergötland —añadió cuando se dio cuenta de que el lugar era desconocido para Eva—. Viví allí hasta que murió mi madre. Entonces me trasladé a Estocolmo.

—¿Tenías parientes aquí?

—No, fui a parar a una familia de acogida.

—¿Qué tal fue?

Charlie no sabía qué decir. ¿Qué había de interesante que pudiera contar de su vida en el barrio de pequeñas casas adosadas de Huddinge? Le vino el jardín a la memoria, el camino de grava bien trillado, los arriates donde todo crecía en filas rectas y el pequeño manzano, que nunca daba frutos. Pensó en el primer encuentro con sus padres de acogida, Bengt y Lena, y también en su hija, Lisen. El frío recibimiento que le habían dedicado en su casa clínicamente impoluta. Por fuera, la nueva familia era justo como las que ella solía desear cuando a Betty se le cruzaban los cables: tranquila, con horarios para irse a dormir, comidas en grupo y una madre que preparaba la bolsa de gimnasia y hacía comida casera sin perder los nervios. Lena nunca se quedaba tumbada en el sofá pidiendo no tener que aguantar ruidos ni luz. Nunca hacía fiestas con invitados a los que ella no conocía. Charlie pensó en su pequeña habitación de la casa, las

sábanas recién lavadas de la cama, el olor a jabón y a rosas. «Siéntete como en casa —le había dicho Lena la primera noche—. Espero de verdad que aquí te sientas como en casa, Charline, y que tú y Lisen seáis como hermanas.»

Pero Charlie nunca se sintió como en casa en aquel hogar de Huddinge, y ella y Lisen nunca fueron como hermanas.

Eva carraspeó.

—Funcionó —contestó Charlie—, la familia de acogida. Había orden a mi alrededor y pude concentrarme en la escuela.

—Qué bien —dijo Eva—. Pero, volviendo a lo de cuándo empezó este período..., fuiste a Gullspång a principios de verano. ¿Por qué?

—Fue con el trabajo, una chica joven había desaparecido, Annabelle Roos, quizá hayas leído sobre el caso en la prensa.

—Sí, lo conozco.

—Fuimos para ayudar a la policía local y a mí se me hizo bastante difícil, mucho peor de lo que creía.

—¿De qué manera?

—Se me despertaron un montón de recuerdos y me puse...

Charlie vio el delgado cuerpo de Annabelle cuando lo sacaban de las negras aguas del río Gullspångsälven, vio al novio de Betty, Mattias, desaparecer en la misma profundidad oscura dos décadas antes, vio a dos niñas con un niño entre ellas que lloraba, tiempo atrás, mucho antes de que ella hubiese nacido siquiera.

—¿Cómo te pusiste? —dijo Eva inclinándose hacia delante en la silla.

—Se podría decir que me involucré de forma personal en el trabajo. Después cometí un error y me apartaron del caso, y eso, naturalmente, también me afectó. Cuando volví a Estocolmo creía que todo volvería a ser igual que antes, pero no ha sido así. Es incluso peor.

—¿Qué es peor?

—La ansiedad, el sinsentido, los problemas de insomnio. Duermo mal, y cuando consigo dormirme tengo pesadillas.

—Descríbelas.

—¿Las pesadillas?

—Sí.

—Empezaron cuando volví a casa de Gullspång, después la cosa se calmó, pero ahora estoy investigando un caso que me afecta más de lo que querría.

Eva preguntó qué tipo de caso era y Charlie le explicó lo de dos mujeres jóvenes de Estonia que habían sido encontradas muertas y abandonadas en un pequeño bosque en las afueras. Una de ellas tenía una hija de tres años, una niña hambrienta de ojos hundidos que había pasado por lo menos dos días enteros sola en el piso. La niña todavía no había dicho ni una palabra, a pesar de que habían pasado dos semanas desde que la encontraron.

Eva dijo que quizá no fuera tan raro que aquello le afectara, que un niño abandonado acostumbraba a despertar esos sentimientos. Pero la niña se había salvado, ¿no?

—Estaba viva —respondió Charlie—. Pero poco más. Esta noche he soñado que era mi hija, que yo era la madre. Quería correr a casa y salvarla, pero no podía porque yo estaba muerta. Y después, en el siguiente sueño, era yo la niña y..., bueno, ya me entiendes.

—¿Te medicas? —preguntó Eva sin comentar los sueños.

—Sertralina —informó Charlie—, cien miligramos. —No dijo que a veces lo completaba con un ansiolítico o una pastilla contra el insomnio, o ambos.

—¿Nada más? —siguió Eva.

Charlie negó con la cabeza.

—Quizá sepas que las pesadillas son una secuela habitual de la sertralina.

Charlie asintió. Lo sabía, pero hacía años que la tomaba, así que dudaba mucho de que tuviera nada que ver.

Eva cruzó las manos sobre las rodillas.

—Ese error del que has hablado —continuó—, me gustaría que nos detuviéramos un momento en él.

Charlie pensó por un momento en aquella noche en el bar. Los chupitos de licor de regaliz en las copas, el vino, las cervezas, Johan. Había sido tonta al indagar en su vida cuando volvió a Estocolmo. Si querías seguir adelante, tenías que dejar las cosas tranquilas, lo sabía muy bien, pero, lejos de hacerlo, había ido levantando todo lo que encontraba a su paso. Todo empezó porque quería saber dónde vivía, comprobar si estaba soltero y si lo que había dicho de que era hijo del novio de Betty realmente era verdad. Todo parecía serlo.

—¿Charlie? —Eva la estaba mirando.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te he pedido que expliques el error al que te has referido.

—Ah, sí. La verdad es que no recuerdo lo que pasó, pero bebí demasiado y me llevé a un periodista a la habitación del motel. Al día siguiente, la prensa publicó una información confidencial sobre el caso. Pero no fui yo quien la filtró, por mucho que todos lo pensarán. Y, bueno, hubo problemas, claro.

Eva se quedó callada un momento, como si esperara que Charlie dijera algo más. Después preguntó:

—¿Crees que habrías pasado la noche con ese hombre si hubieras estado sobria?

—¡Por Dios, no!

—¿Por qué no?

Charlie no sabía exactamente qué contestar, así que dijo justo lo que había: que no recordaba cuándo había sido la última vez que estuvo sobria en la cama con un hombre. ¿Había algo de malo en ello?

—¿A ti qué te parece? —inquirió Eva.

—A mí me parece que fue una estupidez, está claro, pero por lo demás... Quiero decir, si no estoy de servicio. ¿Te parece mal que tenga esos contactos esporádicos?

—¿Es importante para ti saber mi opinión?

Charlie respondió que no, pero no era cierto, porque si había algo que no soportaba era a la gente que juzgaba.

—En cualquier caso, me es difícil responder a eso —continuó Eva—, pero utilizar el sexo para no tener que abordar tu estado anímico quizá no sea muy constructivo.

—Pero es mejor que el alcohol, ¿no?

—Si lo he entendido bien, tú recurres a lo uno y a lo otro.

Charlie suspiró y miró a través de la ventana siguiendo con la vista el vuelo de un mirlo que pasaba por allí.

—No digo que esté mal el sexo con desconocidos. Sólo digo que necesitas pensar por qué lo haces. ¿Qué propósito tienes?

—¿No es suficiente que me haga sentir mejor? ¿Hace falta un propósito más profundo que ése? ¿Por qué no hacer aquello que te hace sentir bien?

—Sí, se puede, pero lo que te hace sentir bien un rato quizá no sea lo que te haga sentir bien a la larga.

Charlie asintió. No le gustaba, pero era verdad.

—Quiero decir, un drogodependiente se siente bien con los narcóticos —añadió Eva—, pero no significa que...

—Sí, sí, lo entiendo.

Charlie empezaba a arrepentirse de haber exigido un psicólogo con estudios. Habría sido más fácil estar con un *coach* alegre que le sugiriera nuevas posturas de yoga y meditación. Para conseguir que la ayudaran de verdad tendría que hurgar hondo, y no sabía si tenía fuerzas para hacerlo. Estaba cansada.

—Volvamos a tu madre —pidió Eva—. ¿Cómo era?

—Era... diferente.

Charlie miró el reloj. No porque tuviera importancia el tiempo que le quedara, pues no podría describir a Betty aunque tuviera toda una vida. Betty tenía tantas contradicciones y contrastes, de oscuridad y de luz, de fuerza y de desgana... Cuando Charlie estudiaba Psicología intentó hacer un diagnóstico que le fuera bien, pero ninguno le pareció del todo acertado. Era como si todos los marcos fuesen demasiado estrechos para encuadrar a Betty Lager.